

La decisión

Cristina Soto Céspedes



Capítulo 1

La noche callada me va mostrando sus pasos inciertos, lo observo a través de la ventana, parece caminar dos trancos, para luego retroceder tres. Tiene en su andar inquieto una suerte de verdad que va apagando lentamente mis esperanzas.

Intenta de alguna forma justificar su error, su rostro acomoda con inteligencia una mueca dolida, los ojos pequeños ensayan lágrimas que brotan con infantil claridad hacia sus mejillas sonrojadas. Promete sin siquiera escuchar mis reproches, cambiar nuestro destino drásticamente, construye un proyecto que me cure de todo dolor, me nombra princesa de un mundo que aún está en ciernes.

Tan encantador con esa sonrisa que me hace temblar bajo el umbral de la puerta, tengo miedo de fallar, de volver a precipitarme a ese abismo y volver a estar en medio de la nada. Y no sé de dónde nace esta fuerza nueva que me hace retroceder. Lo miro y no veo al hombre que me dejó sin palabras y dobló mi voluntad con exquisita frialdad. Ya no ansío su voz tibia sobre mis labios. Lo empujó con fuerza fuera de la casa, cae como un muñeco de papel que se quedó sin alma.

Me mira con tristeza, intentando en vano encontrar una última palabra, su pelo revuelto sobre la frente parece cubrir la vergüenza, mientras la madrugada le va devolviendo la lucidez. Por fin se pone de pie aceptando la derrota, conoce ese punto de fuga donde ya nada se puede hacer. Ensaya algún discurso que le de un poco de dignidad a la retirada. Mueve la cabeza de un lado a otro y respira hondo para iniciar sus palabras.

Sólo escucho, cierro mis ojos para no tener que contemplar su mirada, cualquier error puede desbaratar mi estrategia. Me habla de tiempo, de soledad, del miedo al futuro, de lo construido y lo por construir. Habla de perdón, de una nueva oportunidad, jura estar profundamente arrepentido. Ahora el llanto toma un tono dramático, los vecinos se acercan tímidamente a contemplar el espectáculo, sigo de pie sin renunciar a mis convicciones.

De a poco comienza a cansarse, a perder la seguridad, ya no me ve como una pobre víctima de sus rabietas. Ya no estoy para cumplir todos sus deseos, ya no estaré para saciar sus abyectos apetitos, no seré la almohada que se patea ni recibe los fluidos nocturnos de un enfermo. Ya no me veo en la mesa llena de botellas, ni escondiendo a los pequeños de su padre descontrolado.

"Estás perdido" le digo finalmente, para sellar su derrota y coronar mi comienzo, está del otro lado y yo sólo quiero cerrar esta puerta. Recojo sus cosas una a una y las voy dejando fuera de la casa, a cada paso me

siento más liviana, más sobrecogida por el final que tuvo esta historia. Veo a ese hombre que fue tan amado, sin la capucha del verdugo que sepultó todos mis años, ya no reconozco nada mío en él, lo siento ajeno, acabado, este ha sido el punto final de un amor que nunca supo cuál sería su destino.